

Veículo: *Foreign Affairs Latinoamérica* – volumen 8, número 4

Data: 1/9/2008

Autor: Dominique Moïsi

Un viejo sueño para un nuevo Estados Unidos

LOS CONSIDERO MIS AMIGOS, pero ustedes son mucho más que eso. Ustedes hicieron que mi vida fuera posible cuando liberaron a mi padre de un campo de concentración alemán el 8 de mayo de 1945. Ustedes me dieron sueños cuando, siendo un solitario niño europeo, veía películas estadounidenses, especialmente westerns. Ustedes me dieron esperanza cuando la Harvard University me recibió como estudiante de posgrado, de una manera más cálida y entrañable que cualquier escuela francesa de élite. Sigo siendo un “viejo europeo” agradecido, consciente del “deber de la memoria”, consciente de lo que ustedes hicieron por mi continente y por mi familia durante el siglo pasado. Precisamente por eso me he sentido tan decepcionado y no he podido reconocerlos durante los últimos 8 años.

Estados Unidos, el país que yo solía amar, respetar y defender, ha sido presa de una cultura del miedo. No reaccionó con suficiente fuerza durante los momentos que desencadenaron el 11-S y respondió de manera exagerada tras el suceso. Ya no practica ni las virtudes ni los principios que predica. Después de los escándalos de Guantánamo y de Abu Ghraib, no pude defenderlo porque se merecía muchas de las críticas que recibió. Los terroristas fanáticos no pudieron derrotarlos, pero ustedes estuvieron a punto de derrotarse a sí mismos al violar sus grandes principios democráticos. Ahora, están a punto de elegir un nuevo Presidente. Como no puedo votar en sus elecciones, me siento obligado a escribir esta carta, ya que el Presidente que elijan es vital no sólo para ustedes, sino también para los que no son estadounidenses, como yo.

Estados Unidos quizá ya no sea una hiperpotencia (como Hubert Védrine, ex Ministro de Exteriores de Francia, alguna vez lo describió), pero conserva una importancia para el mundo que es tanto emotiva como material. La

globalización puede haber reducido el peso económico y estratégico de Estados Unidos, pero también ha reforzado su importancia cultural. Los países que pudieron haber iniciado el proceso de superar a Estados Unidos están muy americanizados, al menos en términos de ambiciones de consumo, si bien no en cuanto a sus modelos políticos. Actualmente, el desafío más importante puede ser que 1 300 millones de chinos desean gastar como ustedes, pero no ser gobernados como ustedes.

En las últimas dos décadas, Estados Unidos, el mundo y la posición de Estados Unidos en él han cambiado profundamente. Pero al mundo le va mejor con un Estados Unidos que conserva su capacidad y disposición únicas para intervenir. Desafortunadamente, la reciente obsesión de Washington con la dimensión militar de la seguridad le ha hecho mucho daño a Estados Unidos. Una de las consecuencias más sorprendentes de esta obsesión es que los temas de política exterior que han dominado los debates presidenciales se centran en limitar el daño: cómo salir de Iraq de la manera más elegante y menos costosa posible, si (y cómo) iniciar un diálogo con Irán para evitar que se nuclearice. Estados Unidos tendrá que recuperar o reinventar la cultura de la esperanza, con esa mezcla única de dinamismo, flexibilidad y apertura que caracteriza al sueño americano y que ha hecho que el país tuviera éxito en el pasado. El nuevo Estados Unidos que tanto los estadounidenses como el resto del mundo necesitan hoy es nada menos que el viejo Estados Unidos que se ha perdido.

UN VIEJO ESTADOS UNIDOS RENOVADO

ESTADOS UNIDOS mira hacia el resto del mundo con la distancia, si no es que con la desconfianza, de un país psicológicamente autosuficiente. Desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha estado consciente de que su seguridad depende de su capacidad de interactuar con el mundo: una conclusión que se vio reforzada por la Guerra Fría y aún de manera más brutal por el 11-S; sin embargo, siempre se ha sentido solo en su poder.

Estados Unidos inclinó la balanza hacia la victoria de los Aliados durante la Primera Guerra Mundial y defendió al “bien” del “mal” durante la Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética no fue un contrincante real para Estados

Unidos durante la Guerra Fría, y después de que ésta desapareciera en 1991, Estados Unidos se encontraba en la gloria. Sin Estados Unidos, nada serio se podía lograr. Las guerras de los Balcanes, en la década de los noventa, humillaron a los europeos, que sólo pudieron ejercer su influencia mediante la promesa de la membresía en la Unión Europea. El poder militar de Estados Unidos demostró ser indispensable para salvar a Bosnia y a Kosovo.

Pero Estados Unidos también ha tenido que aprender de la forma más difícil que no puede lograr nada por sí solo. Durante los 8 años de la presidencia de Bill Clinton, justo antes de que el poder de Occidente comenzara a decrecer y el poder de Oriente comenzara a aumentar, Estados Unidos tuvo una oportunidad única para moldear al mundo con la creación de un orden internacional basado en los derechos y en el poder, y en instituciones multilaterales sólidas y respetadas, la más prominente de ellas, la Organización de las Naciones Unidas. Pero con una mezcla de indiferencia y negligencia, Washington no se comprometió seriamente con la ONU y comenzó a lidiar con el conflicto entre israelíes y palestinos demasiado tarde. Posteriormente, en los últimos 8 años, durante el gobierno de George W. Bush, a Washington le ha ido peor. Eligió el camino equivocado; estableció metas exageradamente ambiciosas y poco factibles, como la democracia para el Medio Oriente, y utilizó los medios incorrectos. Parecía tener en mente modelos engañosos: Alemania y Japón después de la Segunda Guerra Mundial no podían servir como punto de referencia para el Iraq posterior a Hussein. Después del 11-S, se obsesionaron con la pregunta: “¿Por qué nos odian?”. Hoy, ustedes se preguntan: “¿Por qué nos hemos vuelto tan poco populares? ¿Qué podemos hacer para reconciliarnos con el mundo?”.

Los errores tácticos y estratégicos de Estados Unidos han acelerado el inicio de una nueva era en la que ya no es el único país con poder e influencia. El mundo ha cambiado de forma irreversible, en parte debido a Estados Unidos y en parte independientemente de él. Ustedes necesitan reinventar a Estados Unidos para que se ajuste a un nuevo mundo, ya que, debido a su temor (a los otros, al futuro), parecen haber dejado caer el manto de la esperanza que alguna vez los convirtió en algo único. Asia, sobre todo China y la India, lo lleva ahora. Lo que les está sucediendo a los estadounidenses es, en cierto modo, lo

que nos pasó a los europeos hace más de 60 años. Ahora deben adaptarse al auge de Asia, de manera muy similar a como nosotros tuvimos que adaptarnos al auge de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

En 1945, Estados Unidos salvó a Europa Occidental (de hecho, después de más de 30 años de una debilitante guerra civil) de caer presa de la Unión Soviética y del comunismo. El reto que enfrenta Estados Unidos hoy en día es mucho menos grave que el de Europa en ese entonces; su supervivencia no está en riesgo. Pero su situación ha cambiado, y tendrá que elaborar su propio Plan Marshall. La tarea a la que se enfrenta Estados Unidos requiere una suerte de revolución copernicana de la mentalidad estadounidense: significa aceptar que, aunque el mundo se parecerá cada vez más a Estados Unidos e incluso será cada vez más familiar en el aspecto cultural, ya no estará definido únicamente por Estados Unidos y ni siquiera principalmente por ese país. El primer desafío del próximo Presidente de Estados Unidos será adaptar a los estadounidenses a este nuevo sistema mundial, cuya creación ustedes mismos han acelerado.

¿Puede Estados Unidos aceptar el hecho de ya no ser el centro del mundo? Los estadounidenses pueden hablar con una mezcla de orgullo y modestia sobre el surgimiento de un “mundo no polar”, como lo hizo recientemente el Presidente del Council on Foreign Relations, Richard Haass, en estas páginas. Pero la realidad es mucho más simple. El mundo, una vez más, se está volviendo “multipolar”, en el sentido clásico del término, y este nuevo equilibrio de poder se está convirtiendo en el equivalente actual de lo que fue el Concierto de Europa para el orden europeo y westfaliano de los siglos XVIII y XIX (con excepción de la Revolución francesa y de las Guerras Napoleónicas), pero con una importante diferencia. En ese entonces, los Estados-nación que competían entre sí estaban conscientes de que los unía un interés común por preservar el sistema. La guerra servía para lograr los objetivos de la política por otros medios, pero nunca se convertía en una guerra total, ya que se hubiera podido destruir el principio del Concierto de Europa, el cual implicaba que las grandes potencias debían actuar en conjunto en los asuntos de interés común y mantener la paz mediante la acción diplomática concertada. Actualmente, la guerra en el sentido clásico probablemente ha desaparecido, para ser

reemplazada por diferentes formas de terrorismo. Además, no existe un sistema diplomático general que los Estados-nación (y los actores no estatales, que son cada vez más poderosos) traten de resguardar de este desafío polimorfo.

PRIMUS INTER PARES

EL OBJETIVO REAL de Estados Unidos no debe ser permanecer como el número uno o intentar dominar el orden postestadounidense; su objetivo debe ser utilizar de la mejor manera su estatus de primus inter pares. Eso significaría ejercer su poder para crear y mantener una coalición de pares, basada no en un ideal democrático común, sino en un sentido común de responsabilidad y en un anhelo por la estabilidad que garantiza el crecimiento económico. Establecer el Estado de derecho en todos los países clave, por ejemplo, puede ser un elemento mucho más decisivo para el éxito de este nuevo sistema basado en intereses mutuos que la posible existencia de una “Liga de las Democracias” (como lo ha propuesto el candidato republicano a la Presidencia, John McCain).

Imaginar que una liga como ésta pudiera liderar al mundo es una noble ilusión, pero tiene un gran problema. Coloca a dos potencias emergentes clave muy distintas, China y Rusia, en la misma categoría, ya que mientras Rusia, al mando del primer ministro Vladimir Putin y del presidente Dimitri Medvedev, conserva muchos de los rasgos del sistema soviético, China preserva muy poco de su pasado maoísta. China está avanzando lentamente hacia la democracia, mientras que Rusia se está alejando a grandes pasos de ella. Reunirlas no sólo es artificial, sino que podría resultar contraproducente. El politólogo Robert Kagan puede proclamar “el regreso de la historia y el fin de los sueños”, pero su argumento es, en gran medida, una falsa ilusión occidental, una defensa anacrónica de los valores que yo también comparto y atesoro, pero que hoy no pueden constituir la piedra angular de las relaciones de Estados Unidos con el mundo. Hablar de una competencia entre el liberalismo occidental y las autocracias orientales de China y Rusia es una simplificación excesiva. China y Rusia no son aliados naturales ni ejercen el mismo tipo de poder, aunque sólo sea por las obvias diferencias demográficas.

Si en los próximos años un nuevo cuarteto de países lidera al mundo, éste incluirá a Estados Unidos, a China y a la India, pero no necesariamente a Rusia, cuya influencia depende demasiado de su riqueza en petróleo y gas.

El papel de Estados Unidos no es predicar la democracia en el mundo, sino practicarla en casa. A mediados de la década de los ochenta, acompañé a John McCloy, el Procónsul de Estados Unidos en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, a la ópera en Berlín Occidental. Al saber que se encontraba en la sala, todo el público se puso de pie y le aplaudió durante un largo rato. En junio de 2008, cuando regresé a la ópera en un Berlín unificado para asistir al Fidelio de Beethoven, una celebración universal de amor y libertad, los actores que representaban a los prisioneros vestían el mismo tipo de overoles anaranjados que deben usar los prisioneros del centro de detención de Estados Unidos en la Bahía de Guantánamo. En una generación, Estados Unidos ha pasado de ser un símbolo de libertad a ser el símbolo de la opresión. ¿Cómo puede el país llevar la democracia al mundo si nadie confía en él?

Estados Unidos tiene que restablecer la confianza y la certidumbre que el resto del mundo ya no le reconoce. Un despliegue de modestia en el exterior y un mayor énfasis en la educación, en la infraestructura y en el bienestar social en casa ayudarían. Estados Unidos aún tiene una ventaja incomparable: muchas personas desean ser estadounidenses. Los chinos y los rusos no esperan ni admiten que los inmigrantes se unan a ellos en su travesía; sólo Estados Unidos tiene un atractivo universal. Las elecciones presidenciales de Estados Unidos son observadas con pasión en el mundo, no sólo por su poder, sino por la importancia emotiva que tienen. Elegir a Barack Obama como su próximo Presidente haría más por restaurar la imagen de Estados Unidos en el exterior que cualquier otra cosa que puedan imaginar. Obama ya ha evocado comparaciones con el presidente John F. Kennedy.

En efecto, Estados Unidos necesita una nueva versión de la famosa frase de Kennedy: “No pregunten lo que puede hacer el mundo por ustedes. Pregunten qué pueden hacer por ustedes mismos y por el mundo”. Los ataques del 11-S fueron una tragedia terrible, pero no deberían opacar el hecho de que,

actualmente, la corriente más fuerte en el mundo es el auge de Asia, no el instinto destructivo de los terroristas. Para enfrentarse a este nuevo mundo, Estados Unidos tiene que redescubrir sus raíces y revitalizar su capacidad de unir a otros y de simbolizar la esperanza. Además, la esperanza es compatible con el pragmatismo. Cuando Bush combinó los ideales con el miedo, puso en peligro la defensa de los intereses de Estados Unidos, la preservación de los valores estadounidenses y de la imagen del país ante el mundo. Hoy, la pregunta fundamental para ustedes, estadounidenses, es quién puede ayudarlos mejor a enfrentar los nuevos desafíos del siglo XXI, a sacar lo mejor de ustedes y a representar el mensaje universalista que tanto necesita Estados Unidos para restablecer su posición en el mundo: ¿el candidato de la esperanza, Obama, o el candidato del miedo, McCain? Espero que decidan que la respuesta es la esperanza.

DOMINIQUE MOÏSI es uno de los principales asesores del Institut Français des Relations Internationales de París, y autor del libro *The Geopolitics of Emotion*, que está por publicarse.